Las artes de la inacción y de la soledad

Por Jorge Luis Borges

● ● ● dicto, al azar de la memoria y de sus vaivenes, lo que el tiempo me deja de las queridas y ciertamente misteriosas imágenes que, para mí, fueron Macedonio Fernández.

Trataba de ocultar, no de exhibir, su inteligencia extraordinaria; prefería el tono interrogativo, el tono de modesta consulta, a la afirmación magistral.

La actividad mental de Macedonio era incesante y rápida, aunque su exposición fuera lenta; ni las refutaciones ni las confirmaciones ajenas le interesaban. Recuerdo que atribuyó tal o cual opinión a Cervantes; algún imprudente anotó que en determinado capítulo del *Quijote* se lee precisamente lo contrario. Macedonio no se desvió ante ese leve obstáculo y dijo: *Así será pero eso lo escribió Cervantes para quedar bien con el comisario.*

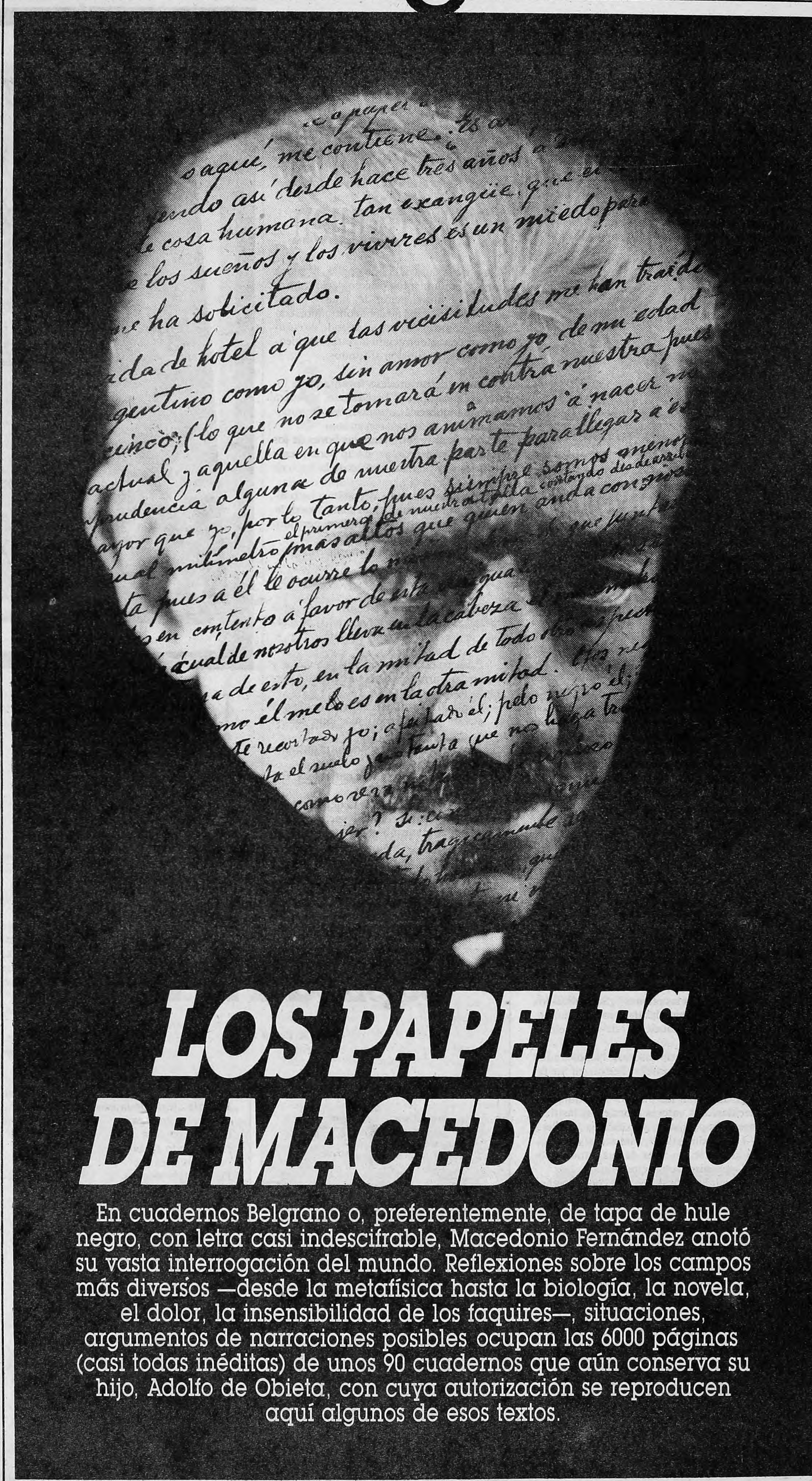
Quería personalmente y apreciaba literariamente a Lugones, de quien fue muy amigo, pero alguna vez jugó con la ocurrencia de escribir un artículo, que manifestaría su extrañeza de que Lugones, a pesar de sus muchas lecturas y de su indiscutible talento, no se hubiera dedicado nunca a escribir. *¿Por qué no nos da un verso?*, se preguntaba.

Macedonio poseía en grado eminente las artes de la inacción y de la soledad. El azar lo llevaba a piezas modestas, sin ventanas o con una ventana que daba a un ahogado patio interior, en pensiones del Once o del barrio de los Tribunales; yo abría la puerta y ahí estaba Macedonio, sentado en la cama o en una silla de respaldo derecho. No he conocido hombre más friolento... Le gustaba hablar de "halago térmico"; ese halago, en la práctica, estaba constituido por tres fósforos, que él encendía a un tiempo y acercaba, en forma de abanico, a su vientre. La mano izquierda gobernaba esa efímera y mínima calefacción; la derecha acentuaba alguna hipótesis de carácter estético o metafísico.

A Macedonio la literatura le importaba menos que el pensamiento y la publicación menos que la literatura, es decir, casi nada. Macedonio quería comprender el universo y saber quién era o saber si era alguien. Quienes hoy se llaman intelectuales no lo son en verdad, ya que hacen de la inteligencia un oficio o un instrumento para la acción. Macedonio era un puro contemplativo que a veces condescendía a escribir y muy contadas veces a publicar.

Yo anhelaría recobrar de algún modo al que fue Macedonio, esa felicidad de saber que en una casa de Morón o del Once había un hombre mágico cuya sola existencia despreocupada era más importante que nuestras venturas o desventuras personales. Esto lo sentí yo, esto lo sentimos algunos, esto no puedo comunicarlo.

*(**Prólogos**, J.L.B., Torres Agüero Editor, Buenos Aires, 1980.)*



LOS PAPELES DE MACEDONIO

En cuadernos Belgrano o, preferentemente, de tapa de hule negro, con letra casi indescifrable, Macedonio Fernández anotó su vasta interrogación del mundo. Reflexiones sobre los campos más diversos —desde la metafísica hasta la biología, la novela, el dolor, la insensibilidad de los faquires—, situaciones, argumentos de narraciones posibles ocupan las 6000 páginas (casi todas inéditas) de unos 90 cuadernos que aún conserva su hijo, Adolfo de Obieta, con cuya autorización se reproducen aquí algunos de esos textos.



A resolver o tener presente

—La lucha eterna contra el dolor. Contra el dolor orgánico. Los anestésicos, los analgésicos, los sedantes. (Clasificación de los calmantes en medicina.) La lucha contra los dolores morales: opio, alcohol, cocaína, haschish, etc.

—Lo que yo propugno es combatir al dolor con las propias energías, con modos que podrían decirse *naturales*, combatirlos en sí. Además, los anestésicos y analgésicos acarrean inconvenientes que quizá los compensen o excedan. (Crítica de la Terapéutica.)

—¿Cuál es la explicación científica de la insensibilidad de los faquires?

—Perfilar bien la posición cristiana y, en general, de todas las religiones, acerca del dolor. Todos buscamos el placer, en definitiva, la beatitud de contemplar a Dios. Las promesas implícitas de todas las morales y de todas las teologías es la felicidad que, siguiéndolas, ha de lograrse.

—¿Y la pasión no es la única felicidad posible? Pájina de la Vijilia. Pero eudemonolójicamente, ¿subsiste este juicio? Doctrina.

—La salud es la proliferación de los deseos. *Tot homines, quot sententiae.*

—¿Son felices las plantas? ¿Son felices los animales? Los animales tiene conciencia, pero carecen de la conciencia de sí (Scheler). Deducciones.

—¿Podemos decir nosotros: Napoleón fue feliz, Napoleón fue infeliz: Beethoven fue feliz, Beethoven fue infeliz?

—¿Cuáles son los bienes? Jerarquías establecidas. Los valores morales. (Clasificaciones. Schopenhauer, Max Scheler, Müller.)

—Las máximas de W. James, por ejemplo, para alegrarse, en vista de sus estudios sobre el mecanismo de la emoción.

—Fórmulas, consejos, consejas. Goethe: Aprovecha tus momentos buenos; Avanzar sin prisa y sin pausa, como la estrella; Beethoven, Shakespeare.

—Puntualizar y ejemplificar la base hedónica de las religiones morales.

—Categorías específicas, irreductibles: Lo lógico, lo matemático, lo físico, lo químico, lo biológico, lo humano (Carrell, Scheler).

—Reglas fundamentales de St. Mill (El Utilitarismo). Regla de oro de la moral. Reglas del cristianismo. ¿No existe ninguna regla general, la de ser siempre veraz o la de amar al prójimo, por ejemplo?

—El dolor en el masoquismo, etc., o en Beethoven, o Santos. (Como ejemplo de relatividad o de advertencia fundamental.)

—La Eudemonología, ¿es la misma para la planta, el animal, el hombre?

—Eudemonología y ética (advertencia). Y Teología. (La felicidad de ser futuramente en Dios.)

De cómo volver loco a alguien

La única locura es la psicológica, la que se cura por tratamientos psicológicos; la producida por intoxicación del hígado o por cualquier disfunción no debe confundirse con aquélla, como es distinto su método de curación que consiste en acudir al restablecimiento del órgano o función afectados.
afectados.

Ejemplo de un proceso inventado de locura voluntaria: Un heredero o heredera quiere enloquecer al causante, que se supone anciano.

1) Altera muy sutilmente las horas de los relojes, de suerte de producir permanente confusión; la persona duda o de la luz o de la hora.

2) Distintas personas, sistemática pero disimuladamente, usan sistemas confusivos de la coherencia mental; por ejemplo el heredero dice a la persona en experimento:

—¿Y qué te contaba esa señorita con quien estabas hablando?

—Pero si estaba solo. ¿No me viste que estaba leyendo?

—Estás completamente confundido. ¿Qué te pasa? Si estabas recién hablando con Carmen y le preguntabas por su mamá...

—O yo estoy loco o...

—Primero estabas hablando con César y luego pasó Carmen y la llamaste. Estás perdiendo la memoria.

—Pues estoy segurísimo de que desde que me levanté no he hecho más que leer el diario.

El heredero llama a dos sirvientes que apoyan su testimonio.

3) Otra escena de la misma naturaleza. Entra Juan y dice:

—Señor, vi que Ud. había dejado el perro atado y lo saqué a dar una vuelta.

Se produce el mismo procedimiento confusivo:

—¿Qué perro? Si yo a Clor no lo he visto en la mañana.

Etc.

Yo creo que con este procedimiento se puede producir la locura específica, es decir, de origen puramente mental.

La existencia y otros asuntos

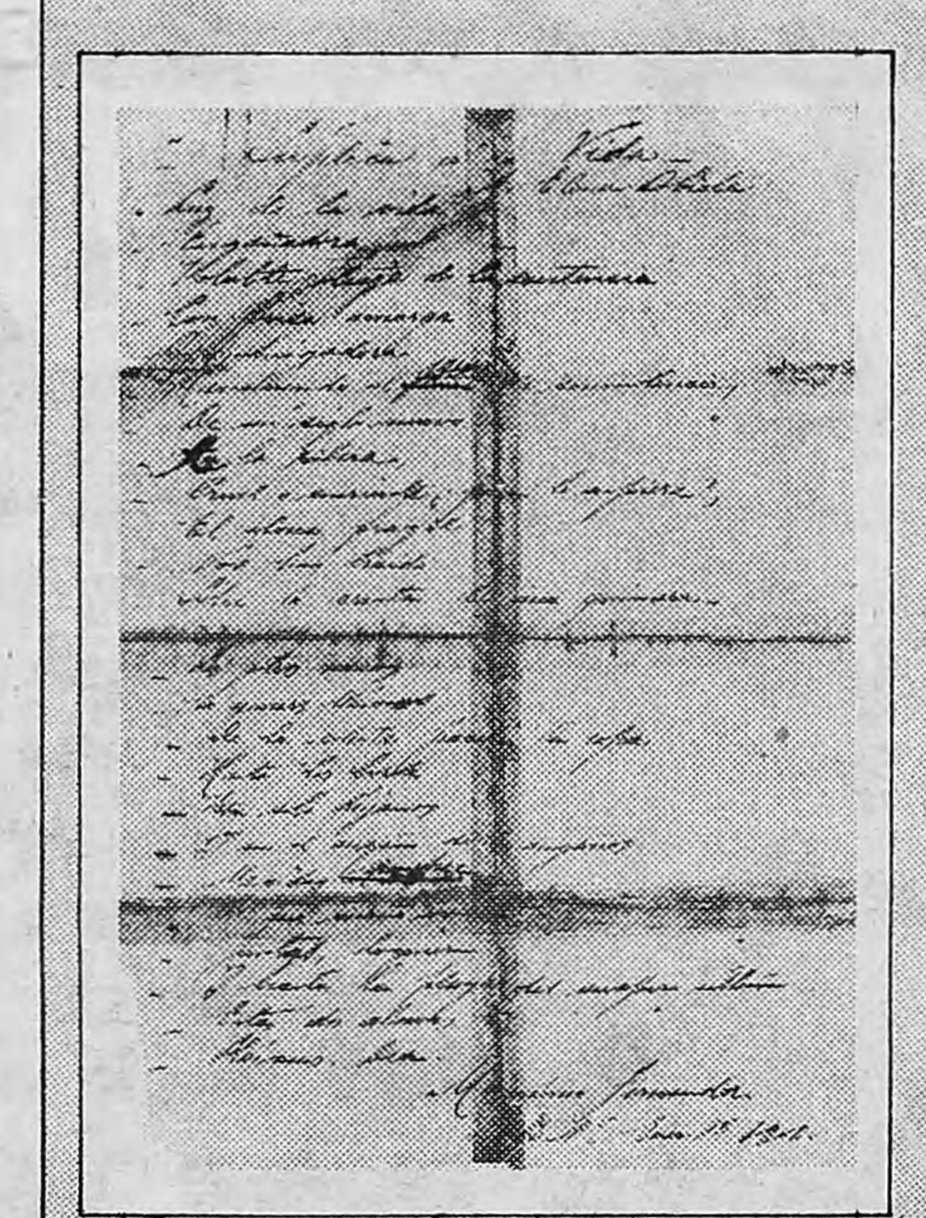
—Existimos eternamente. Si nos echan en una matriz, en cierto modo podemos decir que habremos caído tantos miles de veces en tantos diferentes miles de matrices, hasta que un día caemos en una matriz que nos favorece para la asunción de la forma humana. Es inconcebible, no se puede concebir cómo la forma individual puede ser heredada. Más accesible es suponer que hemos sido todas las formas, cada uno de nosotros, y hoy por haber caído en un molde diferente, que es como un mundo diferente, asumimos la forma humana, como antes habremos sido todo lo que se quiera. En una palabra: somos seres materialmente eternos, que venimos asumiendo todas las formas de la historia biológica, sin orden jerárquico.

Yo creo que el ser humano, por lo menos, no tiene morfolójicamente ninguna herencia de la madre, aunque presente rasgos de semejanza con ella por la alimentación y la interhabitación térmica, hídrica, sanguínea, en el hospedaje de la madre. Podría ser a la inversa, que todo fuera de la madre, pero lo desmiente el hecho de que no se manifiesta una semejanza prevalente de la prole hacia la madre que tendría que resultar del doble factor de la herencia o de nueve meses de interhabitación del germen en el cuerpo materno. Lo que yo no comprendo es cómo podrían dos seres fundiéndose, espermatozoide y óvulo, dar un enjendro morfolójicamente hereditario; de todos modos tendríamos entonces el problema postergado, trasladado de los padres a sus productos reproductivos.

—Biolojía. No despreciar un dato de dolores o placeres del cuerpo, en los que éste

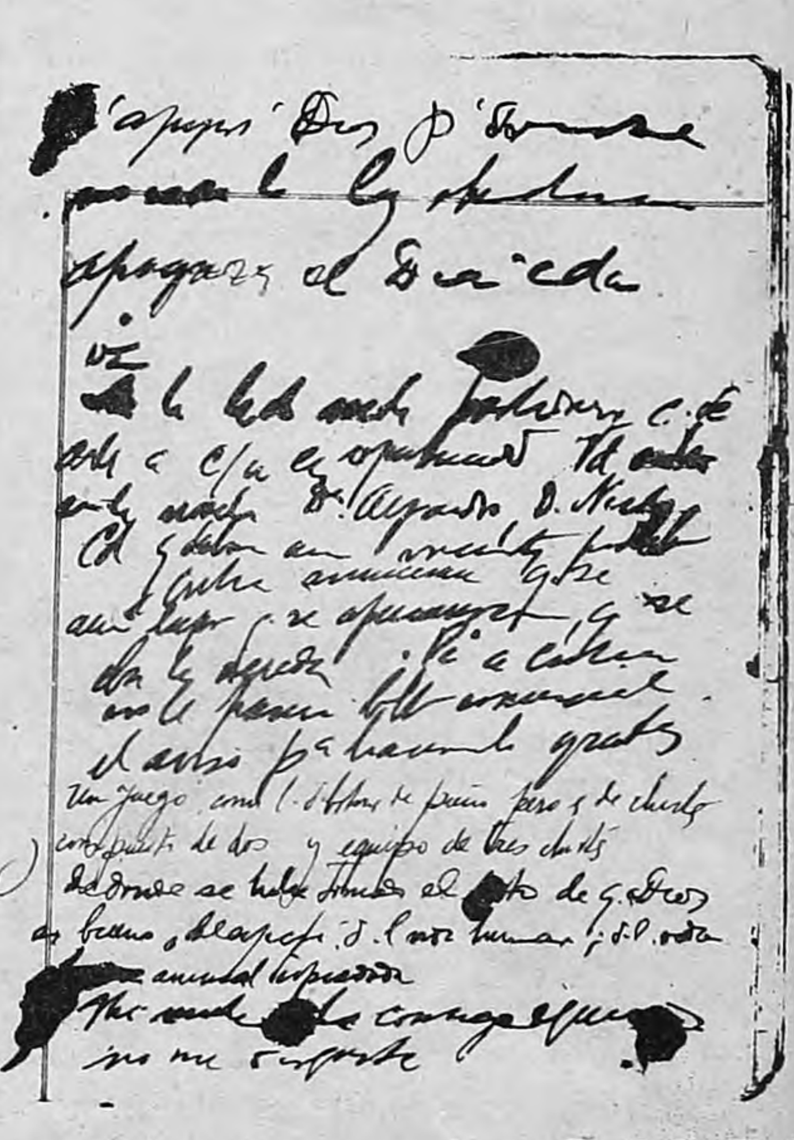
Súplica a la Vida

A Elena Obieta



Luz de la vida
Engañadora,
Voluble oleaje de la existencia
Con brisa amarga
O embriagadora
Henchiendo el seno de
somnolencia,
De un siglo nuevo
A la ribera,
Cruel o sonriente ¿quién lo
supiera?,
El alma frágil
Nos has traído
Sobre la cresta de una quimera.
Los otros vasos
Si quieres llénanos
De la celeste pasión la copa
Hasta los bordes
Tan sólo déjanos
Y en el engaño de los engaños
Mecidas siempre
De un sueño único
Juntas, doquiera
Y hasta la playa del suspiro último
Estas dos almas
Llévanos. Día.

(Enero 1° 1901)





A resolver o tener presente

—La lucha eterna contra el dolor. Contra el dolor orgánico. Los anestésicos, los analgésicos, los sedantes. (Clasificación de los calmantes en medicina.) La lucha contra los dolores morales: opio, alcohol, cocaína, haschish, etc.

—Lo que yo propugno es combatir al dolor con las propias energías, con modos que podrían decirse *naturales*, combatirlos en sí. Además, los anestésicos y analgésicos acarrean inconvenientes que quizá los compensen o excedan. (Crítica de la Terapéutica.)

—¿Cuál es la explicación científica de la insensibilidad de los faquires?

—Perfilar bien la posición cristiana y, en general, de todas las religiones, acerca del dolor. Todos buscamos el placer, en definitiva, la beatitud de contemplar a Dios. Las promesas implícitas de todas las morales y de todas las teologías es la felicidad que, siguiéndolas, ha de lograrse.

—¿Y la pasión no es la única felicidad posible? Pájina de la Vijilia. Pero eudemonolójicamente, ¿subsiste este juicio? Doctrina.

—La salud es la proliferación de los deseos. *Tot homines, quot sententiae.*

—¿Son felices las plantas? ¿Son felices los animales? Los animales tiene conciencia, pero carecen de la conciencia de sí (Scheler). Deducciones.

—¿Podemos decir nosotros: Napoleón fue feliz, Napoleón fue infeliz: Beethoven fue feliz, Beethoven fue infeliz?

—¿Cuáles son los bienes? Jerarquías establecidas. Los valores morales. (Clasificaciones. Schopenhauer, Max Scheler, Müller.)

—Las máximas de W. James, por ejemplo, para alegrarse, en vista de sus estudios sobre el mecanismo de la emoción.

—Fórmulas, consejos, consejas. Goethe: Aprovecha tus momentos buenos; Avanzar sin prisa y sin pausa, como la estrella; Beethoven, Shakespeare.

—Puntualizar y ejemplificar la base hedónica de las religiones morales.

—Categorías específicas, irreductibles: Lo lógico, lo matemático, lo físico, lo químico, lo biológico, lo humano (Carrell, Scheler).

—Reglas fundamentales de St. Mill (El Utilitarismo). Regla de oro de la moral. Reglas del cristianismo. ¿No existe ninguna regla general, la de ser siempre veraz o la de amar al prójimo, por ejemplo?

—El dolor en el masoquismo, etc., o en Beethoven, o Santos. (Como ejemplo de relatividad o de advertencia fundamental.)

—La Eudemonología, ¿es la misma para la planta, el animal, el hombre?

—Eudemonología y ética (advertencia). Y Teología. (La felicidad de ser futuramente en Dios.)

De cómo volver loco a alguien

La única locura es la psicológica, la que se cura por tratamientos psicológicos; la producida por intoxicación del hígado o por cualquier disfunción no debe confundirse con aquélla, como es distinto su método de curación que consiste en acudir al restablecimiento del órgano o función afectados. afectados.

Ejemplo de un proceso inventado de locura voluntaria: Un heredero o heredera quiere enloquecer al causante, que se supone anciano.

1) Altera muy sutilmente las horas de los relojes, de suerte de producir permanente confusión; la persona duda o de la luz o de la hora.

2) Distintas personas, sistemática pero disimuladamente, usan sistemas confusivos de la coherencia mental; por ejemplo el heredero dice a la persona en experimento:

—¿Y qué te contaba esa señorita con quien estabas hablando?

—Pero si estaba solo. ¿No me viste que estaba leyendo?

—Estás completamente confundido. ¿Qué te pasa? Si estabas recién hablando con Carmen y le preguntabas por su mamá...

—O yo estoy loco o...

—Primero estabas hablando con César y luego pasó Carmen y la llamaste. Estás perdiendo la memoria.

—Pues estoy segurísimo de que desde que me levanté no he hecho más que leer el diario.

El heredero llama a dos sirvientes que apoyan su testimonio.

3) Otra escena de la misma naturaleza. Entra Juan y dice:

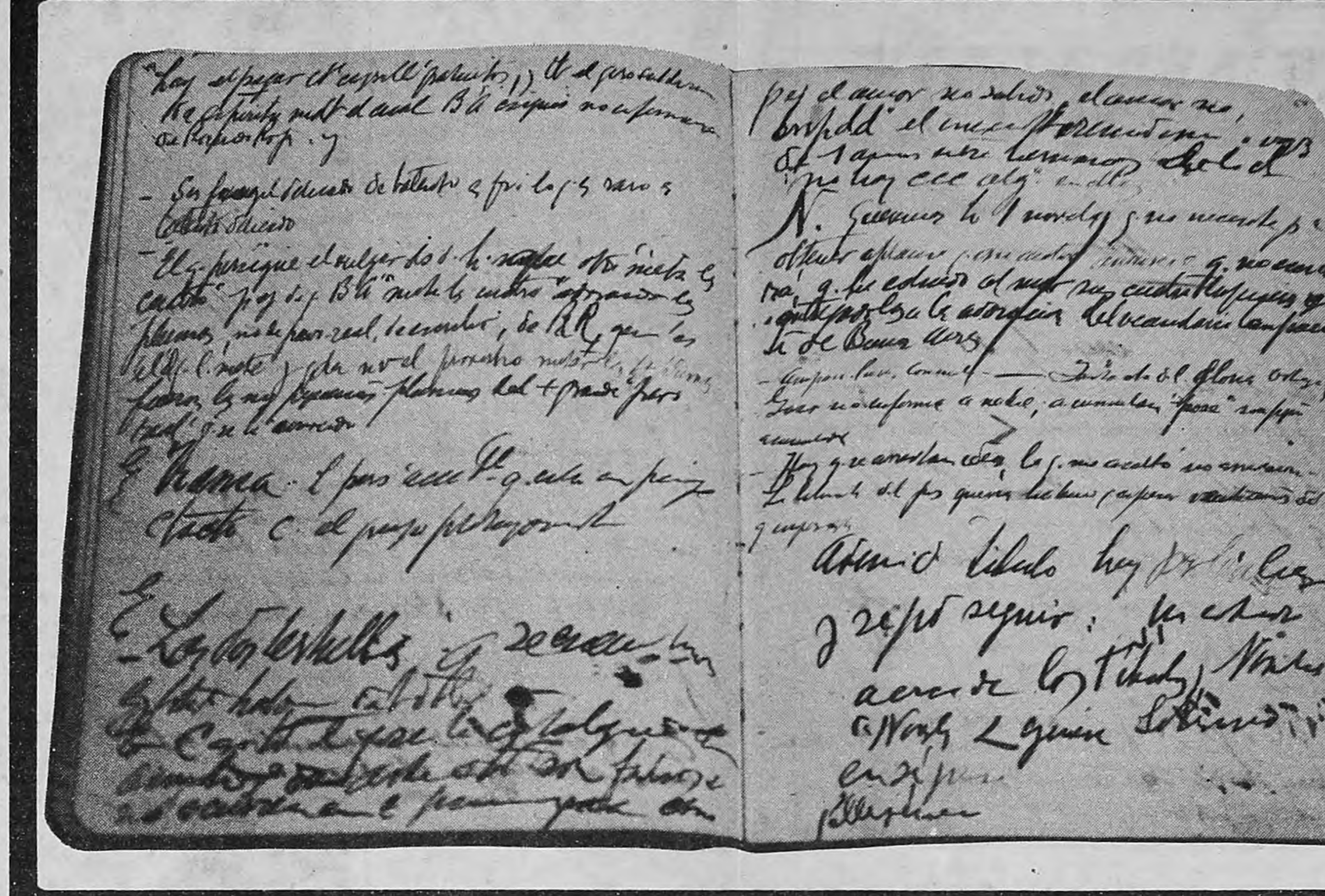
—Señor, ví que Ud. había dejado el perro atado y lo saqué a dar una vuelta.

Se produce el mismo procedimiento confusivo:

—¿Qué perro? Si yo a Clor no lo he visto en la mañana.

Etc.

Yo creo que con este procedimiento se puede producir la locura específica, es decir, de origen puramente mental.

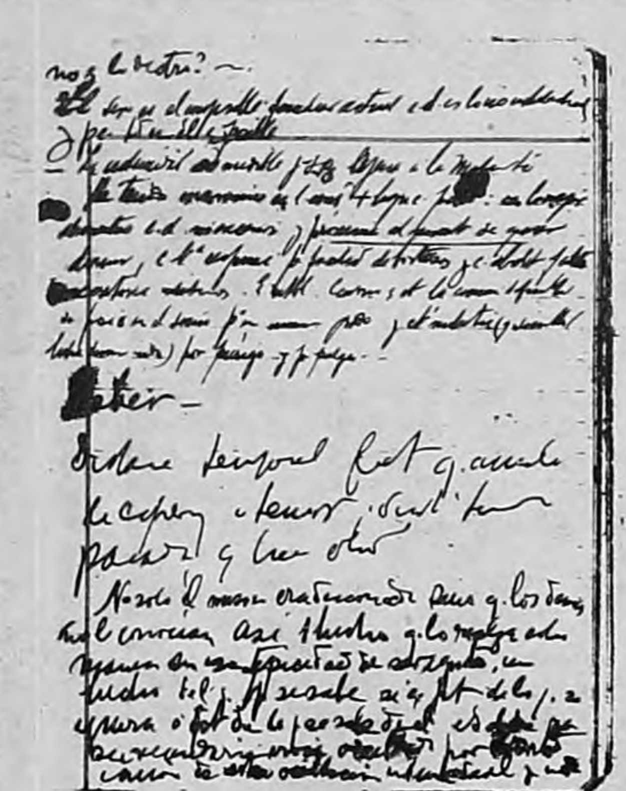


La existencia y otros asuntos

—Existimos eternamente. Si nos echan en una matriz, en cierto modo podemos decir que habremos caído tantos miles de veces en tantos diferentes miles de matrices, hasta que un día caemos en una matriz que nos favorece para la asunción de la forma humana. Es inconcebible, no se puede concebir cómo la forma individual puede ser heredada. Más accesible es suponer que hemos sido todas las formas, cada uno de nosotros, y hoy por haber caído en un molde diferente, que es como un mundo diferente, asumimos la forma humana, como antes habremos sido todo lo que se quiera. En una palabra: somos seres materialmente eternos, que venimos asumiendo todas las formas de la historia biológica, sin orden jerárquico.

Yo creo que el ser humano, por lo menos, no tiene morfolójicamente ninguna herencia de la madre, aunque presente rasgos de semejanza con ella por la alimentación y la interhabitación térmica, hídrica, sanguínea, en el hospedaje de la madre. Podría ser a la inversa, que todo fuera de la madre, pero lo desmiente el hecho de que no se manifiesta una semejanza prevalente de la prole hacia la madre que tendría que resultar del doble factor de la herencia o de nueve meses de interhabitación del germen en el cuerpo materno. Lo que yo no comprendo es cómo podrían dos seres fundiéndose, espermatozoide y óvulo, dar un enjendro morfolójicamente hereditario; de todos modos tendríamos entonces el problema postergado, trasladado de los padres a sus productos reproductivos.

—Biolojía. No despreciar un dato de dolores o placeres del cuerpo, en los que éste



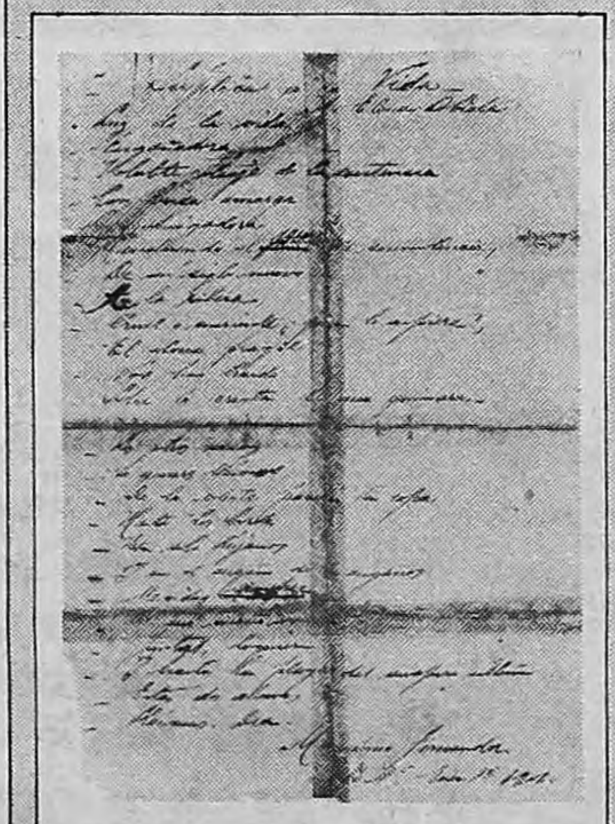
nos dice todo su misterio. Una mucama no sabe cómo se acomoda una almohada y colchón y nosotros tenemos que estudiarlo. El frío desaparece con placer ¿qué es este misterio? Saber esto en lugar de escolásticas. El calor lo sentimos con agrado. Pero, fisiolójicamente, ¿cómo ayuda al organismo esta valoración de moléculas?

—Fisiolojía de las estatuas. Las estatuas van a la guerra.

—Biblia moderna. Primera y quizá única sabiduría descubierta para inaugurar esta Biblia: hay que ser siempre de la opinión del peluquero.

Súplica a la Vida

A Elena Obieta



Luz de la vida
Engañadora,
Voluble oleaje de la existencia
Con brisa amarga
O embriagadora
Henchiendo el seno de
somnolencia,
De un siglo nuevo
A la ribera,
Cruel o sonriente ¿quién lo
supiera?,
El alma frágil
Nos has traído
Sobre la cresta de una quimera.
Los otros vasos
Si quieres llénanos
De la celeste pasión la copa
Hasta los bordes
Tan sólo déjanos
Y en el engaño de los engaños
Mecidas siempre
De un sueño único
Juntas, doquiera
Y hasta la playa del suspiro último
Estas dos almas
Llévanos. Día.

(Enero 1° 1901)

De la novela

Podría hacerse una novela con lo que los personajes creen que se ignora, se sabe y se piensa de ellos, por ejemplo que el amor que no fue sabido (como cree Dulce-Persona) fuera sabido, o no existiera en ella o no se la creyera capaz de amor.

Novela verdadera. Como verdadera novela no debe contener verdad. Novela de los personajes.

Ya todo se ha escrito, ya todo se ha dicho, todo se ha hecho, oyó Dios que se le decía y todavía no había creado nada, nada había. Eso mismo también ya se ha dicho...

Argumento

Una persona se encuentra con un amigo que hace mucho no veía, pues había andado mucho por el mundo.

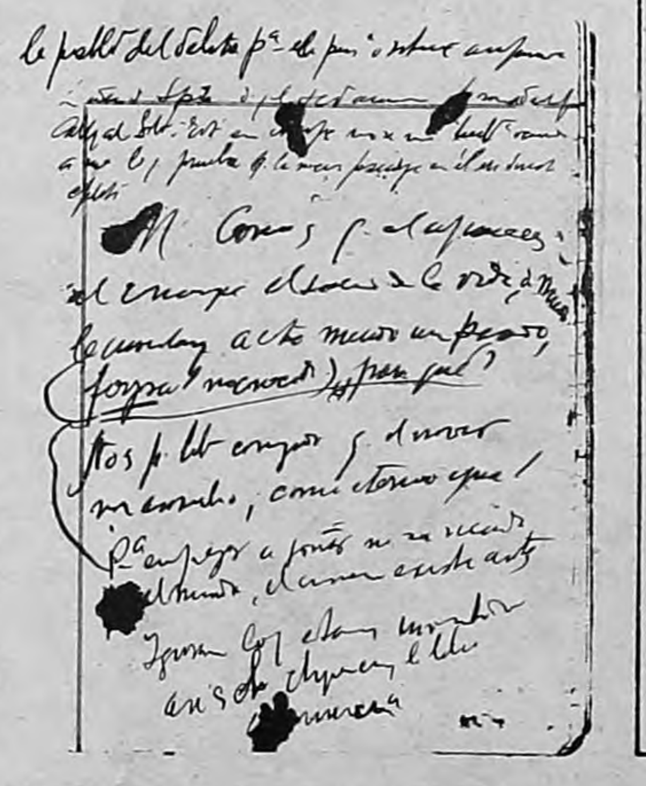
—Vivo en tal parte; toma ese tranvía y mañana te presentaré a mi familia.

La familia eran él y tres hermanas. Se cumple la visita y el amigo queda muy prendado de una de ellas. Al día siguiente medita que nunca ha encontrado mujer de tanto encanto; algún día después vuelve a la casa para saber cómo están.

—Tristísimos estamos, he perdido una de las hermanas que conociste.

El visitante tambalea instantáneamente, temeroso de saber cuál era la muerta. Y se va de Buenos Aires para no aparecer más.

Vive treinta años más y jamás quiso saber ni tratar de saber cuál de las tres hermanas murió, si la que tanto lo había prendado sobrevivía. Apenas alcanzó a decir a su amigo que tuvo que partir por una llamada.



Nunca quejoso, siempre agradecido

Por Adolfo de Obieta

Soy invitado a recordar a Macedonio Fernández. Cedo, por la capciosa particularidad de que cada vez seremos menos los que lo conocimos más o menos íntimamente, y no está lejano el día en que no quede en memoria viviente el recuerdo fiel del color de sus ojos, su voz, su mente. (Me adelanto a decir que el color de sus ojos era celeste, y no desentonaban de este color su voz ni su mente.) Anoto ahora lo primero aparecido al traer a mi memoria su ser.

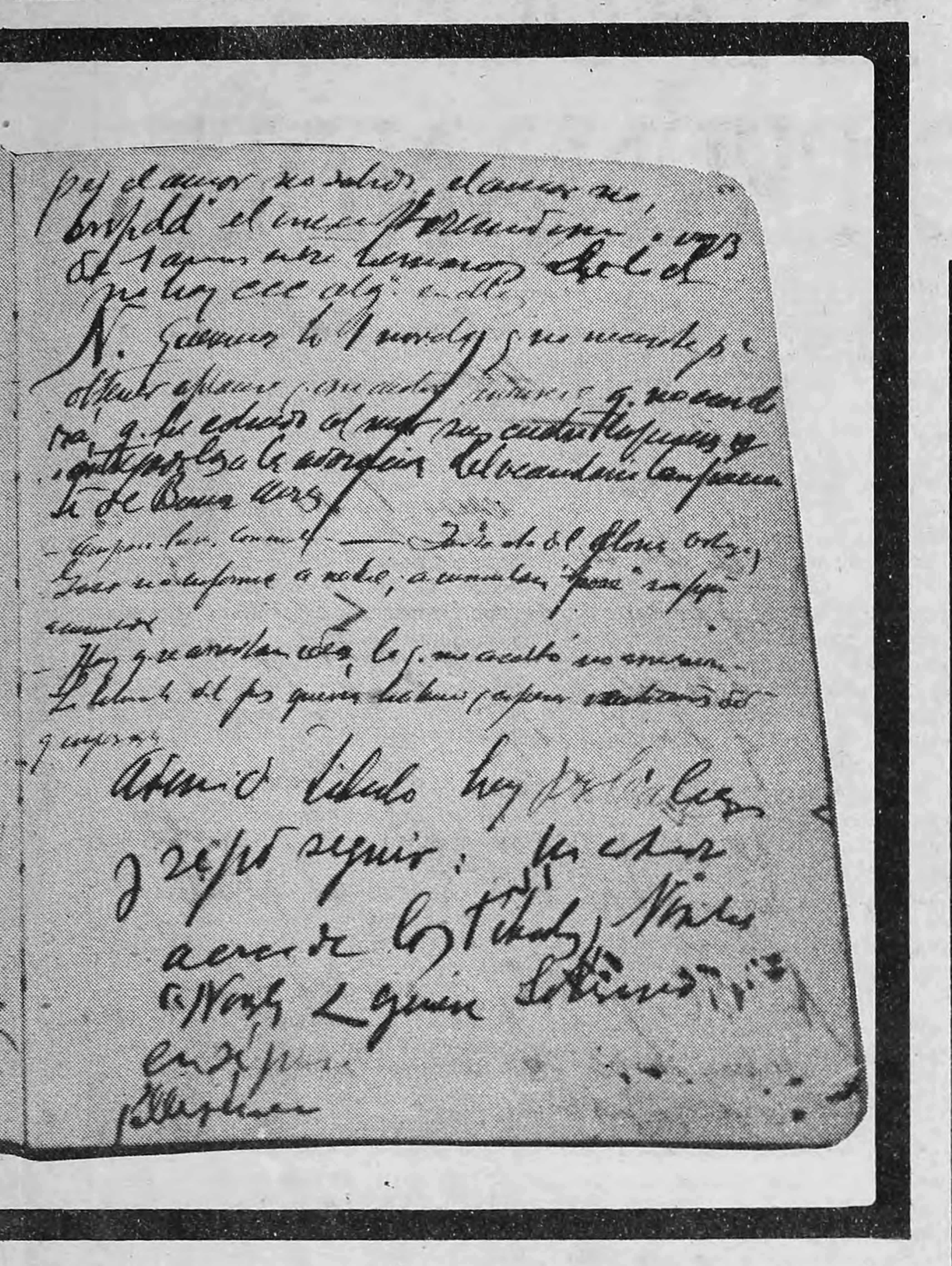
Uno de los seres menos posesivos y separativos que habré conocido. No le atraía, no necesitaba, rechazaba apropiarse de objetos y de personas. Saludaba con sincera cordialidad toda expresión de vida, humana u otra. El que menos requería cosas o atenciones, a la vez sin la jactancia de bastarse a sí mismo. Nunca quejoso y siempre agradecido. Jamás lo oí "rezongar", "reclamar". Y la mente de mayor aptitud para ensayar y afinar ideas, no por juego académico sino por la convicción de que existe una buscable connaturalidad entre el pensamiento y las cosas, que ayuda a ser. También, dentro de su limitado radio de acción, le gustaba ensayar con las cosas mismas, respetándolas pero exigiéndoles. Probar combinaciones de alimentos, usar una pava de agua caliente a la vez para el mate y para calentarse el pecho resfriado, en lugar de la bolsa o la estufa, o probar si un vaso de vidrio, usado en toda su capacidad de utilidad, sirve para clavar un clavo, si está más cerca o en la casa se ha perdido el martillo. Un acto inventivo, o al menos no rutinario. Ya se lo hizo y resultó, y el pequeño problema de colgar una lámina en la pared quedó resuelto, con la adicional disminución del prestigio del martillo y crecimiento del prestigio del vidrio... En suma: no está escrito que algo no sirva para otra cosa, o que algo sea tan necesario. (Oí decir, no sé si entre amables incomprensiones de familia, que alguna vez de joven se entretenía en practicar esgrima contra las desocupadas sillas de la sala.)

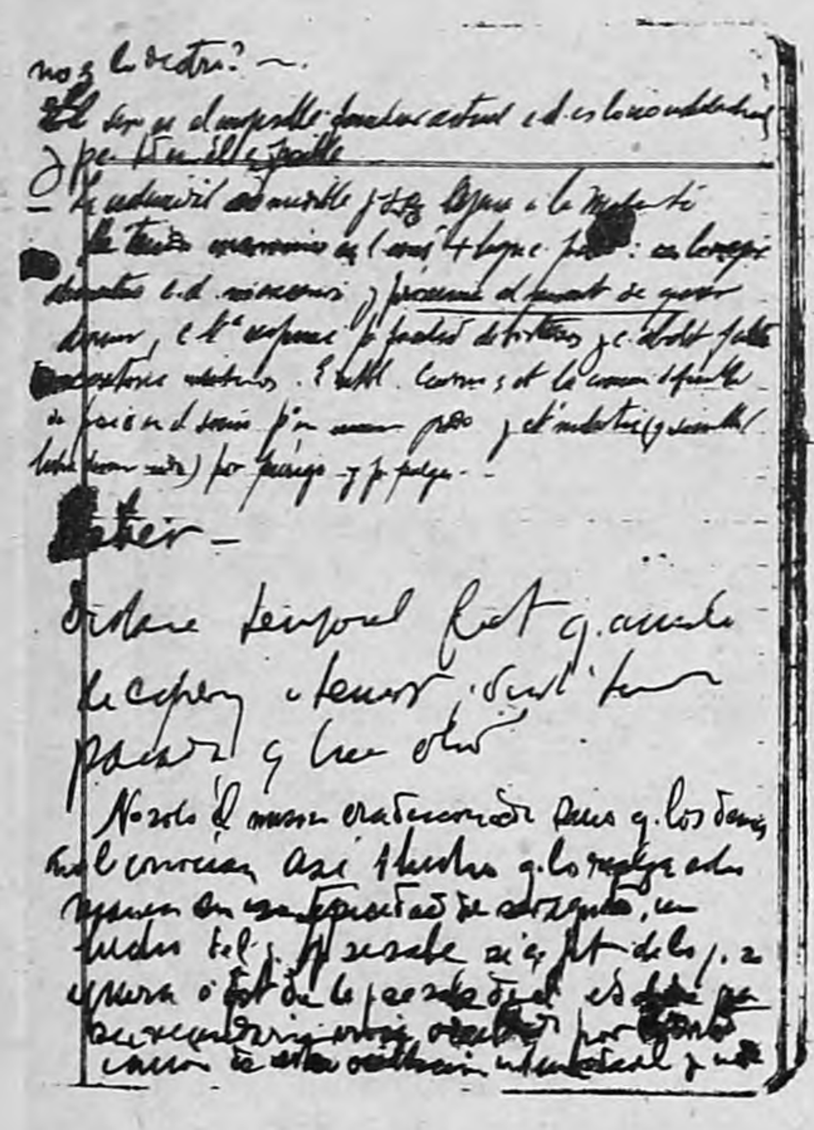
Recuerdo también que para nada le gustaban las "fiestas hechas" o las ceremonias de confección, y hubiera deplorado los "animadores" que nos han sobrevenido, fabricadores o falsificadores de alegría; y más todavía hubiera deplorado todo lo prefabricado o predigerido —material o intelectual— que circula hoy, achicando cada vez más el espacio de la aventura intelectual o fáctica. Pablo de Tarso escribió: "Examinadlo todo; tomad lo bueno", y creo que Macedonio de hecho compartía esa consigna de pensarlo y experimentarlo todo, no aceptar nada por dogmatizado u homologado; probarlo todo críticamente, en vez de aceptar o recusar todo a priori o por autoridad convencional; casi lo opuesto al consumismo de ideas o cosas que nos atraviesan o se nos pegan sin experiencia ni discernimiento personal alguno.

Creía que en su tiempo el 50 por ciento de la actividad humana era inútil (y en alguna parte suicida u homicida), y se me ocurre que hoy creería que el progreso ha hecho ascender esa proporción al 70 por ciento de inutilidad o contrautilidad. No estamos tanto enfermos de pobreza como de trabajo improductivo o contraproductivo. Nos complacemos en que nos impongan o en autoimponernos innumerables objetos o gastos innecesarios o contranecesarios, y no nos queda tiempo ni persona para ser uno mismo. Macedonio era un individualista solidario, que detestaba la simulación, la mentira, la aparatosidad productiva en verdad destructiva o alienadora. Queda testimonio en pasajes de su filosofía o su humorismo, pero yo lo recuerdo como preocupación entristecida y me parece oírle decir que en cuatro horas de trabajar en hacer (cosas útiles) se tendría un bienestar inalcanzable con las usuales ocho o diez horas de trabajar en no-hacer o des-hacer (cosas inútiles).

Me parece que la mente de M. F. queda dicha en sus escritos, y como la mente era la parte más original de su ser, el que se interese por conocerla se acercaría bastante leyéndolo "pensadoramente" y relacionando lo escrito en circunstancias distintas. Sobre todo sabiendo que fue una persona fundamentalmente veraz, pues creo que jamás escribió una línea para desfigurarse o refigurarse. Todos sus escritos tienen un tono de convicción, con una sobreentendida intención de servicio de conocimiento. Basta leerlo para tenerlo ante la propia mente. Quedan más o menos transparentes su psicología, su metafísica, su teología, su estética, su sociología, su biología, su ética, su eudemonología. A pesar de que acaso no llegó al resumen que se había prometido y me había prometido con toda su visión del mundo y su experiencia de ser —pues le faltó la mesa de veinte metros cubierta de blocs y lapiceras, y el día de doscientas horas seguidas para dictarme todo lo almacenado en el compartimiento Síntesis Final de su inteligencia—, puede suplirse esa insuficiencia vinculando todos sus escritos: metafísicos, literarios, doctrinarios —unificables—. Tal vez no hay un solo "cuento" o "poema" donde no asome una intuición psicológica, sociológica, ética, no sólo literaria o poética. La ecuación pensar = ser era visible a cualquier hora a su lado. Por eso aparecía prevenido contra el saber meramente hereditario o vacíamente universitario, contra las enciclopedias de erudición embalsamada, contra la abismal superficialidad de cierto periodismo, contra las meras destrezas intelectualistas. Así lo recuerdo. Así lo vi vivir innumerables días; de día y de noche, sin concederse feriados. Sin que jamás el pensamiento, a menudo coloreado de humor o poesía, apareciera como carga, sino como condición de ser.

D·E · M·A·C·E·D·O·N·I·O





nos dice todo su misterio. Una mucama no sabe cómo se acomoda una almohada y colchón y nosotros tenemos que estudiarlo. El frío desaparece con placer ¿qué es este misterio? Saber esto en lugar de escolásticas. El calor lo sentimos con agrado. Pero, fisiológicamente, ¿cómo ayuda al organismo esta valoración de moléculas?

—Fisiolojía de las estatuas. Las estatuas van a la guerra.

—Biblia moderna. Primera y quizá única sabiduría descubierta para inaugurar esta Biblia: hay que ser siempre de la opinión del peluquero.

De la novela

Podría hacerse una novela con lo que los personajes creen que se ignora, se sabe y se piensa de ellos, por ejemplo que el amor que no fue sabido (como cree Dulce-Persona) fuera sabido, o no existiera en ella o no se la creyera capaz de amor.

Novela verdadera. Como verdadera novela no debe contener verdad. Novela de los personajes.

Ya todo se ha escrito, ya todo se ha dicho, todo se ha hecho, oyó Dios que se le decía y todavía no había creado nada, nada había. Eso mismo también ya se ha dicho...

Argumento

Una persona se encuentra con un amigo que hace mucho no veía, pues había andado mucho por el mundo.

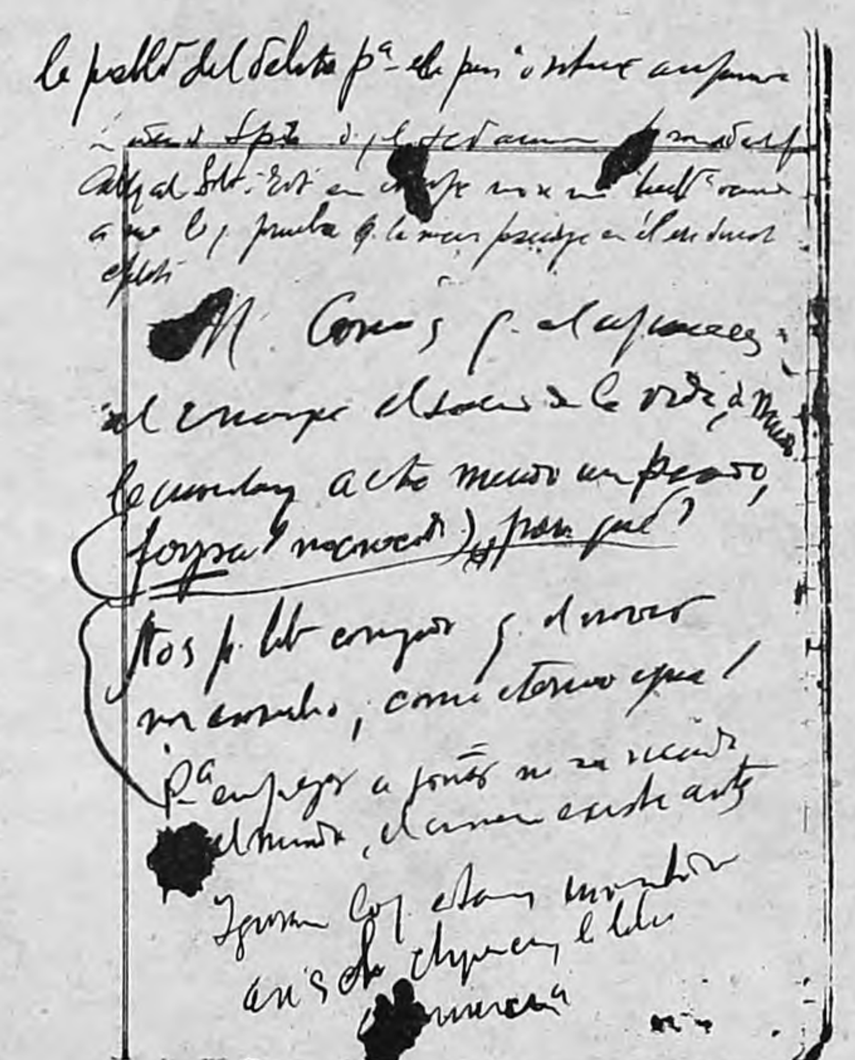
—Vivo en tal parte; toma ese tranvía y mañana te presentaré a mi familia.

La familia eran él y tres hermanas. Se cumple la visita y el amigo queda muy prendado de una de ellas. Al día siguiente medita que nunca ha encontrado mujer de tanto encanto; algún día después vuelve a la casa para saber cómo están.

—Tristísimos estamos, he perdido una de las hermanas que conociste.

El visitante tambalea instantáneamente, temeroso de saber cuál era la muerta. Y se va de Buenos Aires para no aparecer más.

Vive treinta años más y jamás quiso saber ni tratar de saber cuál de las tres hermanas murió, si la que tanto lo había prendado sobrevivía. Apenas alcanzó a decir a su amigo que tuvo que partir por una llamada.



Nunca quejoso, siempre agradecido

Por Adolfo de Obieta

Soy invitado a recordar a Macedonio Fernández. Cedo, por la capciosa particularidad de que cada vez seremos menos los que lo conocimos más o menos íntimamente, y no está lejano el día en que no quede en memoria viviente el recuerdo fiel del color de sus ojos, su voz, su mente. (Me adelanto a decir que el color de sus ojos era celeste, y no desentonaban de este color su voz ni su mente.) Anoto ahora lo primero aparecido al traer a mi memoria su ser.

Uno de los seres menos posesivos y separativos que habré conocido. No le atraía, no necesitaba, rechazaba apropiarse de objetos y de personas. Saludaba con sincera cordialidad toda expresión de vida, humana u otra. El que menos requería cosas o atenciones, a la vez sin la jactancia de bastarse a sí mismo. Nunca quejoso y siempre agradecido. Jamás lo oí "rezongar", "reclamar". Y la mente de mayor aptitud para ensayar y afinar ideas, no por juego académico sino por la convicción de que existe una buscable connaturalidad entre el pensamiento y las cosas, que ayuda a ser. También, dentro de su limitado radio de acción, le gustaba ensayar con las cosas mismas, respetándolas pero exigiéndoles. Probar combinaciones de alimentos, usar una pava de agua caliente a la vez para el mate y para calentarse el pecho resfriado, en lugar de la bolsa o la estufa, o probar si un vaso de vidrio, usado en toda su capacidad de utilidad, sirve para clavar un clavo, si está más cerca o en la casa se ha perdido el martillo. Un acto inventivo, o al menos no rutinario. Ya se lo hizo y resultó, y el pequeño problema de colgar una lámina en la pared quedó resuelto, con la adicional disminución del prestigio del martillo y crecimiento del prestigio del vidrio... En suma: no está escrito que algo no sirva para otra cosa, o que algo sea tan necesario. (Oí decir, no sé si entre amables incomprensiones de familia, que alguna vez de joven se entretenía en practicar esgrima contra las desocupadas sillas de la sala.)

Recuerdo también que para nada le gustaban las "fiestas hechas" o las ceremonias de confección, y hubiera deplorado los "animadores" que nos han sobrevenido, fabricadores o falsificadores de alegría; y más todavía hubiera deplorado todo lo prefabricado o predigerido —material o intelectual— que circula hoy, achicando cada vez más el espacio de la aventura intelectual o fáctica. Pablo de Tarso escribió: "Examinadlo todo; tomad lo bueno", y creo que Macedonio de hecho compartía esa consigna de pensarlo y experimentarlo todo, no aceptar nada por dogmatizado u homologado; probarlo todo críticamente, en vez de aceptar o recusar todo a priori o por autoridad convencional; casi lo opuesto al consumismo de ideas o cosas que nos atraviesan o se nos pegan sin experiencia ni discernimiento personal alguno.

Creía que en su tiempo el 50 por ciento de la actividad humana era inútil (y en alguna parte suicida u homicida), y se me ocurre que hoy creería que el progreso ha hecho ascender esa proporción al 70 por ciento de inutilidad o contrautilidad. No estamos tanto enfermos de pobreza como de trabajo improductivo o contraproductivo. Nos complacemos en que nos impongan o en autoimponernos innumerables objetos o gastos innecesarios o contranecesarios, y no nos queda tiempo ni persona para ser uno mismo. Macedonio era un individualista solidario, que detestaba la simulación, la mentira, la aparatosidad productiva en verdad destructiva o alienadora. Queda testimonio en pasajes de su filosofía o su humorismo, pero yo lo recuerdo como preocupación entristecida y me parece oírle decir que en cuatro horas de trabajar en hacer (cosas útiles) se tendría un bienestar inalcanzable con las usuales ocho o diez horas de trabajar en no-hacer o des-hacer (cosas inútiles).

Me parece que la mente de M. F. queda dicha en sus escritos, y como la mente era la parte más original de su ser, el que se interese por conocerla se acercaría bastante leyéndolo "pensadoramente" y relacionando lo escrito en circunstancias distintas. Sobre todo sabiendo que fue una persona fundamentalmente veraz, pues creo que jamás escribió una línea para desfigurarse o refigurarse. Todos sus escritos tienen un tono de convicción, con una sobreentendida intención de servicio de conocimiento. Basta leerlo para tenerlo ante la propia mente. Quedan más o menos transparentes su psicología, su metafísica, su teología, su estética, su sociología, su biología, su ética, su eudemonología. A pesar de que acaso no llegó al resumen que se había prometido y me había prometido con toda su visión del mundo y su experiencia de ser —pues le faltó la mesa de veinte metros cubierta de blocs y lapiceras, y el día de doscientas horas seguidas para dictarme todo lo almacenado en el compartimiento Síntesis Final de su inteligencia—, puede suplirse esa insuficiencia vinculando todos sus escritos: metafísicos, literarios, doctrinarios —unificables—. Tal vez no hay un solo "cuento" o "poema" donde no asome una intuición psicológica, sociológica, ética, no sólo literaria o poética. La ecuación pensar = ser era visible a cualquier hora a su lado. Por eso aparecía prevenido contra el saber meramente hereditario o vacíamente universitario, contra las enciclopedias de erudición embalsamada, contra la abismal superficialidad de cierto periodismo, contra las meras destrezas intelectualistas. Así lo recuerdo. Así lo vi vivir innumerables días; de día y de noche, sin concederse feriados. Sin que jamás el pensamiento, a menudo coloreado de humor o poesía, apareciera como carga, sino como condición de ser.

NOVELA Y ESTADO EN MACEDONIO FERNANDEZ

Por Ricardo Piglia

En la Argentina la novela es tardía. Llega, según algunos, en los barcos, con los inmigrantes. ¿Qué podían hacer los paisanos en la llanura, salvo cantar sus penas? "Es un telar de desdichas cada gaucho que usté ve", decía Fierro. El Viejo Vizcacha, de todos modos, es uno de los grandes narradores del siglo XIX. Una especie de Huckleberry Finn escéptico y envejecido que está de vuelta. Habla con proverbios: cada uno de sus dichos y consejos es la ruina que ha quedado de un gran relato perdido. Mixturado entre los perros, muerta toda experiencia,cuenta sus cuentos morales, miniaturas cínicas de la verdad. Sus narraciones se condensan en una sola frase, sentenciosa y ruin. De vez en cuando traza, en el polvo, con la mano abierta, rayas indescifrables.

Nadie puede escribir en el desierto, piensa Sarmiento. Mejor sería decir: en la pampa, los únicos que escriben son los viajeros ingleses. Ellos cuentan lo que ven: en otra lengua, con otros ojos. El campo es como el mar; en estas tierras claras, octubre y no abril es el mes más cruel.

¿Y los indios? Cuando uno lee el libro de Mansilla sobre los ranqueles (escrito en 1871, antes de la gran masacre) encuentra los rastros de esas sociedades sin Estado que ha estudiado Pierre Clastres. Tribus nómades, sin relaciones de obediencia, ni formas fijas. El poder está separado de la coacción y de la violencia. La particularidad más notable del jefe ranquel es su falta casi completa de autoridad; nunca está seguro de que sus órdenes serán ejecutadas. Esa fragilidad de un poder siempre cuestionado define el ejercicio de la política. En un sentido se podría decir que se trata de una de esas sociedades con un mínimo de política a las que aspiraba Bertolt Brecht. Porque ¿qué sería este dominio privado de los medios de imponerse? Un poder incierto, basado en el convencimiento, en la verdad del otro, en la creencia. En el poder de la palabra. En esa sociedad el Estado es el lenguaje. El talento verbal es una condición y un instrumento del poder político. El jefe es el narrador de la tribu. Cada día, al alba o al atardecer, cuenta historias que suceden en otro tiempo y en otro lugar y así alivia las penurias del presente y construye las esperanzas del porvenir.

En esas sociedades que han sabido proteger el lenguaje de la degradación que le infligen las nuestras, el uso de la palabra más que un privilegio es un deber del jefe. El poder otorgado al uso ficcional del lenguaje debe interpretarse como un medio que tiene el grupo de mantener la autoridad a salvo de la violencia coercitiva. Incluso el relato del jefe no tiene por qué ser escuchado y a menudo los indios no le prestan la menor atención. Juegan, discuten, se ríen, mientras el poder les habla. A veces el cacique habla de eso: de las desdichas que produce la indiferencia y la soledad. Como Kafka, el jefe narra para la muerte, para que sus palabras se pierdan en el vacío. Pero como un personaje de Kafka, ese hombre, prisionero de sus súbditos, sigue, todos los días, construyendo sus bellos relatos sin ilusión. Y porque a pesar de todo sigue hablando, todos los días, al alba o al atardecer, logra que sus historias entren en la gran tradición y sean recordadas por las generaciones futuras. Hasta que por fin un día la gente lo abandona: alguien, en otro sitio, en ese mismo momento, está hablando en su lugar. Entonces su poder ha terminado.

En el desierto, dice Mansilla, mandan los narradores, los que saben transmitir al lenguaje la pasión de lo que está por venir.

¿Y en la civilización? Allí la historia es otra. La ficción aparece como antagónica de un uso político del lenguaje. La eficacia está ligada a la verdad, con todas sus marcas: responsabilidad, necesidad, seriedad, la moral de los hechos, el peso de lo real. La ficción se asocia con el ocio, la gratuidad, el derroche de sentido, lo que no se puede enseñar; se asocia con el exceso, con el azar, con las mentiras de la imaginación, como las llama Sarmiento. La ficción aparece como una práctica femenina, una práctica, digamos mejor, antipolítica. (No hay nada más alejado de los lugares de poder que una mujer en la Argentina civilizada del XIX. Basta pensar en la madre de Sarmiento, tejiendo en su telar de desdichas, bajo un árbol, en el patio de la casa, compitiendo sin esperanzas con las telas importadas de Manchester que su hijo ve como el signo mismo de la civilización; retenida, la mujer, en un uso arcaizante de la lengua, y a ese español materno la prosa de Sarmiento le debe todo.)

El espacio femenino y el espacio político (todo eso está, por supuesto, en *Amalia* de Mármol). O si se prefiere, la novela y el Estado. Dos espacios irreconciliables y simétricos. En un lugar se dice lo que en el otro lugar se calla. La literatura y la política, dos formas antagónicas de hablar de lo que es posible.

Sarmiento condensa como nadie esa tensión. Hay un momento de su vida que parece extraído de una novela de Arlt. Llega a Presidente de la República. El mejor escritor argentino ocupa el poder político. Y pasa algo extraordinario. ¡Su discurso inaugural se lo escribe Nicolás Avellaneda! Sarmiento se encierra y escribe el texto que va a inaugurar su gobierno, pero sus ministros se lo rechazan. Había que adaptarlo a las necesidades de la política práctica. Y antes que nada había que ajustarle su relación con el lenguaje. La estrategia del poder consiste en someter el lenguaje a la lógica de lo posible.

La versión utópica y opuesta de esa anécdota se puede leer en *Museo de la novela de la Eterna*, de Macedonio Fernández. Macedonio pone un Presidente en el centro de la novela. La estrategia ahora es otra: poner lo imposible en el lenguaje, la no realidad como palabra plena. El Presidente como novelista, otra vez el narrador de la tribu en el lugar del poder. El Presidente es el gran novelista, dice Macedonio, porque maneja toda la realidad. El Estado es una máquina de producir ficciones, una máquina sobre todo de hacer creer.

La teoría del Estado de Macedonio forma parte de su teoría de la Novela, han sido elaboradas simultáneamente, son intercambiables.

Estado y Novela ¿nacen juntos?

Porque hay Novela hay Estado. Eso dice Macedonio. O mejor: porque hay Novela (esto es, intriga, creencia, bovarismo) puede haber Estado.

Macedonio Fernández invierte los presupuestos que definen la literatura argentina desde su origen. Une política y ficción, no los enfrenta como dos prácticas irreductibles. La novela mantiene relaciones cifradas con las maquinaciones del poder. Las reproduce, usa sus formas. La literatura trabaja la política como conspiración, como guerra; la política como gran máquina paranoica y ficcional.

Macedonio encarna la autonomía plena de la ficción. Por eso proliferan los prólogos en el *Museo*. Está definiendo una nueva enunciación; está construyendo el marco de la ficción argentina que vendrá.

Arlt, Marechal, Borges: todos cruzan por la tranquera utópica de Macedonio.

Muchos de nosotros vemos ahí nuestra verdadera tradición, y cuando digo tradición, quiero decir la gran tradición: la historia de los estilos. Pensamos también que en esos textos se abre una manera distinta de pensar las relaciones entre política y literatura. Para muchos de nosotros, quiero decir, Macedonio Fernández (y no Manuel Gálvez) es el gran novelista social.

No se trata de ver la presencia de la realidad en la ficción (realismo), sino de ver la presencia de la ficción en la realidad (utopía). El hombre realista contra el hombre utópico. En el fondo son dos maneras de concebir la eficacia y la verdad.

Contra la resignación del compromiso realista, el anarquismo macedoniano y su ironía. ¿Cómo no recordar la comuna que Macedonio Fernández, Julio Molina y Vedia y algunos más (entre ellos el padre de Borges) intentaron fundar en una isla de Paraguay? De esa experiencia queda *La nueva Argentina*,el libro que Molina y Vedia escribió veinte años después. Y toda la obra de Macedonio. Que puede ser leída como la crónica de esa sociedad utópica. Los papeles de Macedonio Fernández son el archivo de una sociedad utópica.

La literatura es una forma privada de la utopía.

La novela no expresa a ninguna sociedad sino como negación y contra-realidad. La literatura siempre es inactual, dice en otro lugar, a destiempo, la verdadera historia. En el fondo todas las novelas suceden en el futuro.

Si la política es el arte de lo posible, el arte del punto final, entonces la literatura es su antítesis. Nada de pactos, ni transacciones, la única verdad no es la realidad.

Frente a la lengua vigilante de la *realpolitik*, la voz argentina de Macedonio Fernández.

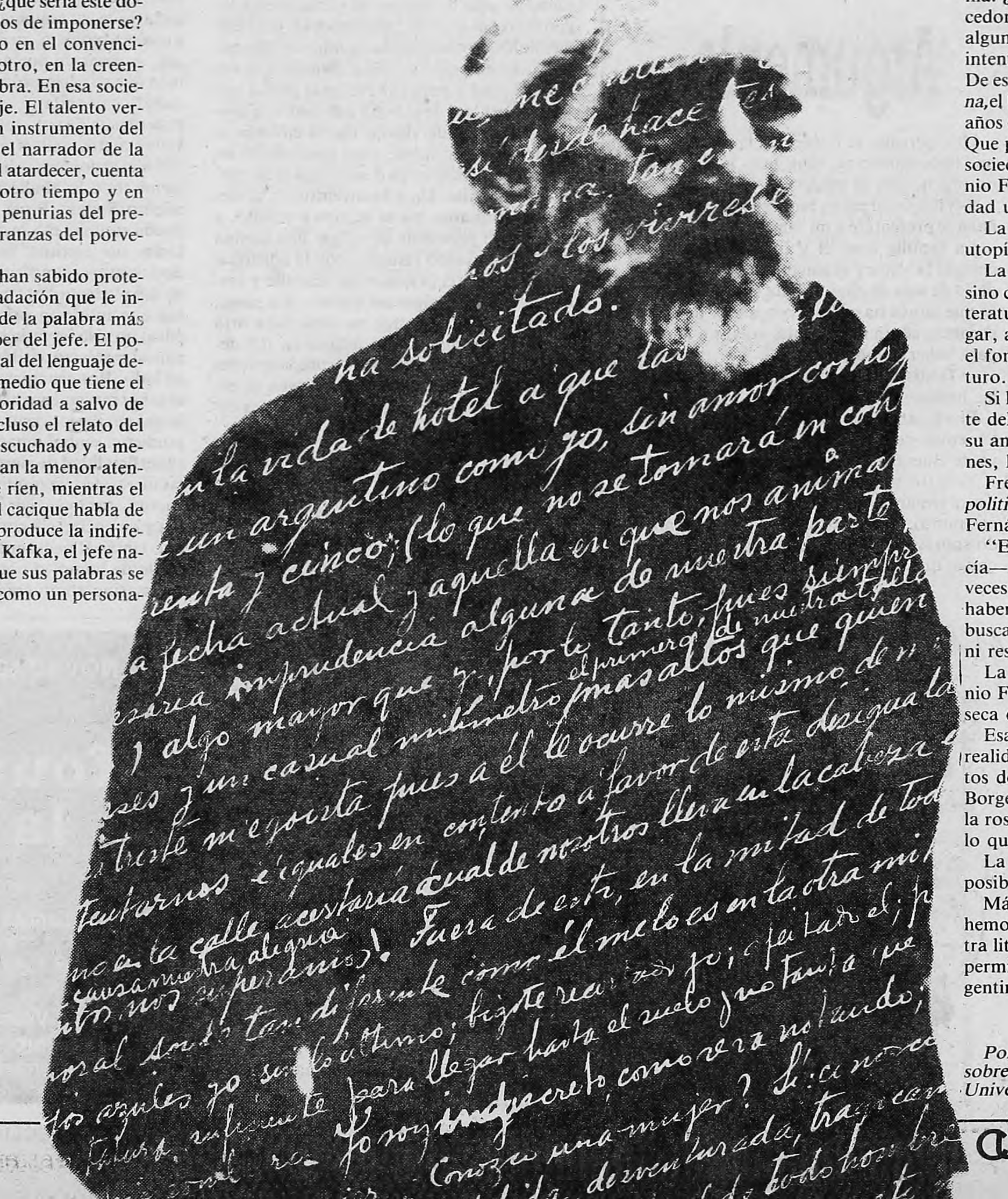
"Emancipémonos de los imposibles —decía—, de todo lo que buscamos y creemos a veces que no hay, y peor aún que no puede haber. Nada entonces debe detenernos en la busca de la solución plena, sin restricciones, ni resabios irreductibles."

La ficción argentina es la voz de Macedonio Fernández, un hilo de agua en la tierra seca de la historia.

Esa voz *fina* dice la antipolítica, la contra-realidad, dice el espacio femenino, los relatos del cacique ranquel, dice los rhönir de Borges, los filósofos barriales de Marechal, la rosa de cobre de Roberto Arlt. Habla de lo que está por venir.

La tradición de esa política que pide lo imposible es la única que puede justificarnos.

Más allá de la barbarie y del horror que hemos vivido, en algunas páginas de nuestra literatura persiste una memoria que nos permite, creo, no avergonzarnos de ser argentinos.



Ponencia presentada en el congreso sobre cultura argentina celebrado en la Universidad de Yale en marzo de 1987.